

Del sentimiento trágico de la vida

a la plenitud de plenitudes en la filosofía de Miguel de Unamuno

Viviana Paéz Ochoa
viviana.paez@cch.unam.mx

From the tragic feeling of life to the plenitude of plenitudes in the philosophy of Miguel de Unamuno

Resumen

Miguel de Unamuno es un filósofo español que se preguntaba por el sentido de la existencia humana, por el sentido de la vida; él comprendió desde muy joven que la vida, el ser y la conciencia de la existencia siempre se ven amenazadas por la muerte, por el no-ser, por la no existencia, esto provoca en los seres humanos un sentimiento trágico, una tristeza, una agonía. Agonía que nos mantiene en una lucha constante entre ser y no-ser, una lucha que no desaparece, que se transforma en un *inmortal anhelo de inmortalidad* pero que encuentra un poco de consuelo en la *plenitud de plenitudes toda plenitud*.

Palabras claves: agonía, plenitud, existencia, ser, sentimiento trágico.

Abstract

Miguel de Unamuno is a Spanish philosopher who has wondered about human existence and the meaning of life. From a very young age, he understood that life, being, and the consciousness of existence are constantly threatened by death, non-being, and non-existence. All of this causes human beings with sad feelings, sadness, and agony. The agony that keeps us in a constant struggle between being and non-being does not disappear; it becomes an immortal yearning for immortality but finds a little comfort in the plenitude of plenitudes all plenitudes.

Keywords: agony, plenitude, existence, being, tragic feeling.



Viviana Paéz Ochoa

Licenciada en Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM, tiene estudios de maestría en Filosofía de la Religión por la misma institución. Es profesora adscrita al Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH) plantel Oriente desde hace cinco años. Es integrante del Seminario central de filosofía del Colegio. Ha acreditado diplomados sobre género, feminismo y asesoría educativa. Ha impartido cursos, dictado conferencia, ponencia y charlas sobre diversos temas a profesores y alumnos.

Recibido: 20 de septiembre de 2021
Aprobado: 29 de octubre de 2021

La razón, la cabeza nos dice: “¡nada!”, la imaginación, el corazón, nos dice: “¡todo!” y entre nada y todo, fundiéndonos el todo y la nada en nosotros [...]

Miguel de Unamuno

Introducción

Pensar en el sentido de la vida es algo propio del ser humano, saber quiénes somos y hacia dónde vamos son preguntas que todos nos hemos hecho alguna vez en el transcurrir de nuestra existencia. Hacer estas preguntas y reflexionar sobre ellas se vuelve aún más significativo cuando nos encontramos ante una realidad que se nos muestra trágica y poco esperanzadora. En el último año y medio, la humanidad se ha visto envuelta en un cambio radical en su forma de vivir y estar en el mundo, ha sido casi imposible no mirar de frente la tristeza, la enfermedad y la muerte. Ante la irrupción de la cotidianidad, ante el mundo que no se detiene, quizá no hemos tenido la oportunidad de respirar un momento y detenernos por un instante para vivir nuestros propios procesos, hacer nuestras propias preguntas y encontrar la paz en nuestras múltiples pérdidas.

El presente texto tiene como intención hacer una reflexión sobre la condición humana y mostrar cómo una parte importante de la condición de todo ser humano es buscar respuestas ante una vida que se muestra trágica y angustiante; ante esta búsqueda de sentido revisaremos la propuesta del pensador español Miguel de Unamuno, quien concibe al ser humano como un ser que vive en el tiempo, que reconoce su temporalidad y finitud. Esta conciencia de la finitud de su ser produce en los seres humanos una inquietud que lo motiva a buscar una respuesta ante el sinsentido de la vida, ante la muerte que se muestra latente.

La inquietud ante la muerte provoca en la humanidad un *anhelo de inmortalidad*



La inquietud ante la muerte provoca en la humanidad un *anhelo de inmortalidad*, que se verá expresado en lo que el filósofo vasco ha llamado el *sentimiento trágico de la vida*, el cual se fortalece frente a la concepción dialéctica de la humanidad, donde las personas se debaten entre la racionalidad y lo irracional (lo pasional, vital, espiritual, volitivo), ambas categorías determinan la existencia humana y crean un conflicto interno dentro de éste: los seres humanos pretenden que la razón (la racionalidad) sea quien guíe su caminar, pero muchas veces es la pasión, los sentimientos (lo irracional), quienes lo guían.

A continuación, abordaremos las reflexiones de Miguel de Unamuno para dar una posible solución ante el sentimiento trágico de la vida y el anhelo de inmortalidad.

El ser humano: un ser ante la muerte

Para comprender a qué se refiere Miguel de Unamuno con el sentimiento trágico de la vida es indispensable entender la concepción ontológica y antropológica que el pensador español desarrolla a lo largo de sus escritos, para ello, comenzaremos con la distinción que hace entre *sujeto* y *hombre*¹ concreto: *Hombre de carne y hueso*.

1 Unamuno hace uso del término *hombre concreto* como el concepto que engloba a toda la humanidad, a todas las personas sin distinción de sexo, género, clase, etnia, etc., y así será usado a lo largo de este escrito.

La modernidad ha pretendido hablar del ser humano en términos de *sujeto*², una característica principal de éste es su capacidad racional. Pensadores como Descartes, Kant y Hegel, entre otros, han hecho uso de esta expresión no sólo para referirse a la totalidad de la humanidad en general, sino también para construir teorías acerca del mundo y nuestra relación con él, por tal motivo, el término sujeto es una estructura teórica, formal, abstracta, ahistórica que no tiene nada que ver con un ser humano concreto.

Miguel de Unamuno se aleja de esta concepción abstracta de la humanidad y hace hincapié en la comprensión del ser humano como un sujeto concreto, como un *hombre de carne y hueso*. El hombre concreto es una persona con sueños, miedos, deseo, inquietudes, preocupaciones, ubicado en un contexto histórico, una familia, una patria, es decir, una persona como cualquier otra, que nace, vive, ama, sufre y muere.

Ni lo humano ni la humanidad, ni el adjetivo simple, ni el adjetivo sustantivo, sino el sustantivo concreto: el hombre. El hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere—sobre todo muere—, el que come, y bebe, y juega y duerme, y piensa, y quiere, el hombre que se va y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano. (Unamuno, 1951, p. 279).

2 Unamuno, al igual que Marx, Nietzsche, Freud, entre otros, ponen en cuestionamiento la noción de sujeto y los ideales de la racionalidad humana propuestos por la ilustración. Vid. Serrano, P. (1978). *El pensamiento de Unamuno*. México: FCE; Sibirats, E. (1991). *Metamorfosis de la cultura moderna*. Barcelona: Anthropos; Zambrano, M. (2003). *Unamuno*. Barcelona: Editorial Debate.

El humano en su finitud **no puede concebirse como no existiendo** y ante esta situación desea llegar a ser todo.

La filosofía ha generalizado a todas las personas en la estructura teórica sujeto, en donde caben todos y cada uno de los individuos del mundo, sin sueños, sin color, sin miedo, sin rostros, quedando así sesgada la condición humana. Nos encontramos ante individuos generalizados por la ciencia y la filosofía positivista en un concepto, sin embargo, estos individuos viven y se desenvuelven de manera particular en el mundo, conservando tan sólo un imaginario teórico-metafísico que sirve de objeto de estudio.

Los seres humanos han sido considerados por la tradición filosófica, desde Aristóteles hasta la actualidad, como seres primordialmente *racionales*³; se ha colocado el ámbito de la razón por encima de los ámbitos sentimental, espiritual, pasional o volitivo, por tal motivo el ser humano se encuentra dividido en su ser. Esta división entre lo racional y lo no racional, entre lo material y espiritual, entre el ser todo y no caer en la nada; esta división en su ser ha hecho del ser humano un ser trágico, polémico, agónico, en lucha consigo mismo y con los demás.

El ser humano de Unamuno es un ser concreto, es *el hombre de carne y hueso* que tiene rostro, forma y se encuentra lleno de agonía. ¿Qué significa que este lleno de agonía? Para poder dar una explicación a esta pregunta es necesario comprender que este ser concreto y contextual tiene *conciencia de sí*: “(...) al afirmar un hombre su yo, su conciencia personal, afirma al hombre, al hombre concreto y real y al afirmar al hombre se afirma la conciencia (...)” (Unamuno, 1951, p. 740).

Al tener conciencia de sí mismo, el ser humano cae en la cuenta de que es un ser finito, incompleto y perecedero, se percató de que en cualquier momento puede dejar de existir; esta conciencia de su no existencia le provoca una gran *agonía*, pues el humano en su finitud no puede concebirse como no existiendo y ante esta situación desea llegar a ser todo, a eternizarse y no morir jamás.

La estructura ontológica de los seres humano concebida como seres que se encuentran divididos entre lo material y espiritual, entre lo racional e irracional, como seres determinados desde la corporalidad, pero indeterminados en la constitución de su ser, deja evidente que “(...) la estructura ontológica en sí misma, es la que constituye la contradicción y una agonía sin esperanza” (Meyer, 1962, p. 17).

El concepto de *agonía* dentro del pensamiento unamuniano es de vital importancia para comprender las reflexiones en torno a la concepción ontológica del hombre de carne y hueso. La palabra *agonía* proviene del latín y su significado más preciso hace referencia a la lucha, al combate⁴; de forma cotidiana hemos escuchado este término y, de manera casi inmediata, lo relacionamos con la enfermedad, la muerte o la tragedia. Miguel de Unamuno comprende la *agonía* como una lucha, una batalla feroz que se sostiene entre la vida y la muerte: “(...) se puede morir sin *agonía* y se puede vivir muchos años, en ella y de ella” (Unamuno, 1951, p. 942), es aquí en esta lucha eterna que reside el sentimiento trágico de la vida.

3 Vid. Aristóteles. (2000). *Metafísica*. Libro I. Madrid: Gredos.

4 Vid. Moliner, M. (1980). *Diccionario del uso del español*. Tomo I. Madrid: Gredos.

Tener conciencia de sí mismo implica la percepción inmediata de nuestra existencia, que se manifiesta en el *dolor*, en un dolor que no sólo es físico o anímico, también es reflexivo y espiritual, el cual es una toma de conciencia, es una posesión del dolor que permite al ser humano compadecerse a sí mismo y a los demás, al descubrir la propia desdicha descubrimos la desdicha de otros. La conciencia de la existencia nos muestra a nosotros mismos como siendo y existiendo, es gracias a esta conciencia de nuestro existir que podemos mantener la unidad y continuidad de nuestro ser, el cual despliega en el transcurrir temporal. La memoria, al ser una característica de la conciencia, se esfuerza por conservar nuestro pasado, nuestros recuerdos, que a su vez quieren ser porvenir.

Aquello que rompe con la unidad y continuidad de la conciencia es la muerte. La muerte es la aniquilación del ser, es la suspensión de todo signo vital, es la pérdida de la conciencia. El ser humano ante la muerte se angustia y cae en una total agonía, pues no quiere dejar de ser, de existir, de ser conciencia.

Entre el todo y la nada

Unamuno considera que el todo y la nada forman parte de la coyuntura de la existencia humana, forman parte de su estructura ontológica, pues desde el ser de los hombres estos conceptos conviven y se contraponen.

Recordemos que tener conciencia de la propia existencia es tener conciencia de la finitud, el ser humano al percatarse de su finitud, también se percata de que está *ahí*, como cualquier otra cosa, un ser arrojado al mundo, sin saber por qué, sin tener una justificación.

Esta conciencia de la existencia se presenta como finitud y temporalidad, negar la finitud y la temporalidad es negar la conciencia de la existencia, es apostar por la eternidad y la inmortalidad. Es en el ámbito de la inmortalidad que el ser se da su existencia sin dejar de tener conciencia de esa finitud. Podemos decir que el *ser* en Unamuno se halla en conflicto consigo mismo "(...) y no puede existir sino en virtud de ese conflicto" (Meyer, 1980, p. 17).

La afirmación de la existencia proviene de la unión contradictoria entre la vida y la muerte, que desemboca en un intento de aniquilación como en un intento de preservación, los seres humanos, en su individualidad, no sólo quieren preservar su ser y por ende alcanzar la inmortalidad, sino también incrementar su propio ser, quieren ser *todo* para no reducirse a la *nada*:

[...] quiero ser yo y sin dejar de serlo, ser además los otros, adentrarme en la totalidad de las cosas visibles e invisibles, extenderme a lo ilimitado del espacio y prologarme a lo incansable del tiempo... ¡O todo o nada! (Unamuno, 1951., p. 764).

El deseo de los seres humanos por *querer serlo todo* es un nuevo rostro de la nada, ser todo implica desaparecer de manera individual: si nos fundimos con el todo nos encontramos con la aniquilación de nuestro ser. Ambas dimensiones amenazan con la aniquilación del hombre de carne y hueso, por ello, sólo queda aceptar la agonía, la lucha entre lo finito e infinito, entre la mortalidad e inmortalidad, entre el todo y la nada. No podemos elegir entre el todo y la nada, pues ambos son factores fundamentales de la existencia en tanto constitución ontológica del ser humanos;

Si nos fundimos con el todo nos encontramos con la aniquilación de nuestro ser.

la imposibilidad de elegir tan sólo agudiza la eterna agonía y el sentimiento trágico de la vida.

Inmortal anhelo de inmortalidad

Miguel de Unamuno se muestra en sus escritos y reflexiones como un pensador de la inmortalidad, manifiesta que el deseo de conservación de los seres humanos se convierte en un anhelo de inmortalidad, pues no podemos concebirnos como no existiendo.

Reflexionar sobre la inmortalidad es reflexionar sobre la temporalidad. El ser humano es un ser en el tiempo, la muerte se muestra amenazante dado que implica el fin de la

temporalidad de cada persona, es la revelación del devenir y la facticidad: “[...] la muerte es la cerradura del tiempo y con ella queda redonda y conclusa la temporalidad humana” (Serrano, 1978, p. 108). El *hambre de inmoralidad* es un deseo de persistencia en el tiempo y en el espacio, la concepción unamuniana de la inmortalidad es una inmortalidad absoluta en donde es posible la preservación eterna de la conciencia (el alma) y el cuerpo.

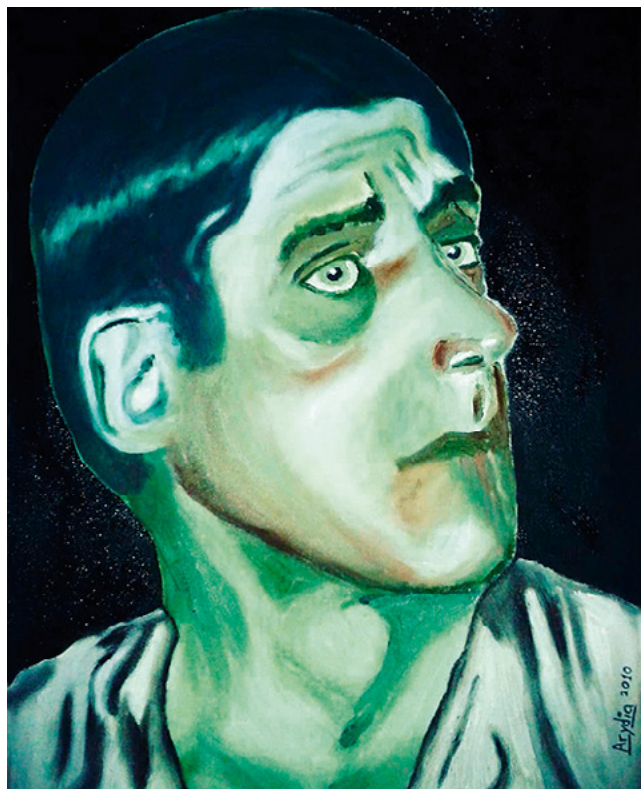
La eternidad no tiene principio ni fin, es lo intangible e insustancial, por tal motivo la eternidad tampoco es consuelo ante la agonía y el sentimiento trágico de la vida. La eternidad se muestra contradictoria en sí misma, es esperanza, deseo de ser y seguir siendo, pero también es horror y miedo. La eternidad es la disolución de los límites de la temporalidad

humana, es símbolo de aniquilación, equivalente al querer serlo todo. Ser eterno es perder la individualidad, es desaparecer en lo intangible del tiempo.

Ni el todo, ni la eternidad son una respuesta ante el sentimiento trágico de la vida que se muestra en agonía ante el hambre de inmortalidad que no termina. Ante este conflicto el pensador español intentará dar una respuesta desde la religión, la filosofía y la humanidad misma.

La solución religiosa ante el anhelo de inmortalidad

Unamuno recurre a la reflexión sobre la eternidad —sobre la vida eterna— realizadas por el cristianismo para poder encontrar una solución ante el hambre de inmortalidad de



los seres humanos. En la tradición judeocristiana aparece la creencia en la vida después de la muerte, con la aparición de la imagen de Cristo, el hijo de Dios. Jesucristo murió crucificado, mas no permaneció muerto, sino que resucitó, logro vencer la cerradura del tiempo. La resurrección implica la inmortalidad del alma y del cuerpo; permite la permanencia de la conciencia y la permanencia del ser.

En el cristianismo la muerte no es el fin del tiempo y de la vida, es el comienzo de un tiempo inagotable, que se contrapone a la vida efímera de los seres humanos; sin embargo, en el cristianismo tanto la salvación como la condenación son dos caras de la eternidad, y esta idea no minimiza la agonía humana.

Unamuno reconoce que el cristianismo es la doctrina religiosa que más esfuerzos ha hecho por dar una solución al inmortal anhelo de inmortalidad, sin embargo es una solución insuficiente e insatisfactoria, dado que no existe una evidencia empírica que la compruebe, tan sólo se sustenta en la *Fe* en Cristo Jesús, pero la fe por sí sola no se sostiene y busca el apoyo de la razón para garantizar sus creencias: "(...) la razón ataca y la fe que no se siente sin ella segura tiene que pactar con ella" (Unamuno, 1951, p. 770).

La solución racional ante el anhelo de inmortalidad

La pregunta por la inmortalidad del alma, la inmortalidad de la conciencia en la filosofía ha sido una pregunta que se han planteado diversos pensadores, el mismo Platón en su diálogo del *Fedón*⁵ nos deja ver ese anhelo de inmortalidad de los seres humanos. Miguel de

Unamuno considera que dar una respuesta al porqué de la inmortalidad del alma desde la racionalidad requiere del uso de argumentos metafísicos y la metafísica, que desde la modernidad es considerada una disciplina poco o nada susceptible de proporcionar conocimientos verdaderos. De tal manera, la concepción racionalista de su tiempo es una concepción materialista de la racionalidad. El materialismo niega el dualismo sustancial y por ende la existencia del alma, afirmando únicamente la existencia de las entidades materiales o físicas.

El anhelo de inmortalidad es un deseo vital que se contrapone a la racionalidad materialista: "Todo lo vital es irracional y todo lo racional es antivital [...]" (Unamuno, 1951, p. 811), y una vez más nos encontramos ante el sentimiento trágico de la vida. Todo parece indicar que la razón (la racionalidad) es enemiga de la vida; son enemigas entre sí, en tanto que la vida se muestra perecedera, particular y cambiante mientras que la razón pretende ser absoluta y universal.

La ciencia como máxima representación de la racionalidad no se interesa por la condición *agonizante* del ser humano, ni por dar una respuesta al inmortal anhelo de inmortalidad, confía plenamente en la razón y nos aconseja dejar de lado esas especulaciones, y, al no poder abandonar estos anhelos, nos pide que aceptemos de la mejor manera que la conciencia humana está destinada a desaparecer algún día.

La razón dentro de sus límites no puede probar que el alma sea inmortal, pero tampoco puede probar lo contrario, asimismo no puede satisfacer las necesidades afectivas, volitivas y espirituales de la humanidad. Unamuno reconoce que uno de los logros de la razón es poner en duda su propia validez, dando paso al escepticismo y es desde aquí, desde la duda, que se construye una relación agónica entre la vida

⁵ Recordemos que la conclusión de Platón es que el alma no puede perecer por el hecho de ser en sí y por sí misma inmortal. Vid. Platón, (2000). *Diálogos*. Madrid: Gredos.

y la razón. Lo irracional (la vida) quiere ser racionalizado y la razón opera sobre lo irracional (la vida, lo espiritual, etc.), ambas deben asociarse en agonía, en lucha y hacer de la lucha el consuelo de la humanidad.

Plenitud de plenitudes toda plenitud

La solución religiosa ante el anhelo de inmortalidad no es viable por no ser racionalmente sustentable, la solución racional tampoco lo es, porque se contrapone con la condición vital-irracional de los seres humanos, ante esto, se pregunta Miguel de Unamuno: ¿Existe algo que pueda darnos paz y satisfacer el ansia de inmortalidad?

El hambre de inmortalidad se traduce en una *espíritu de disolución*, de miedo y terror hacia la nada que se hace presente en el transcurrir temporal, la enfermedad, la injusticia, el fracaso o el desengaño. El último estadio en el que el ser humano, ha querido encontrar consuelo es desde la fama, el prestigio terrenal, desde el renombre y el reconocimiento de los demás, creyendo ilusoriamente que va a poder trascender la muerte:

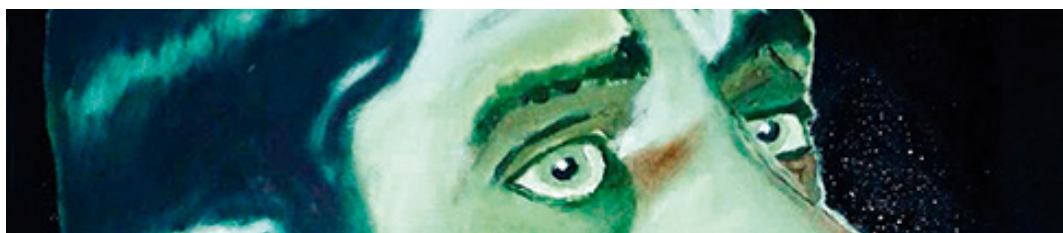
¿Para qué desasosegarse en buscar un nombre y un prestigio, si no has de vivir sino cuatro días sobre la tierra, y la tierra misma no ha de vivir sino cuatro días del curso universal? Día vendrá en que yacerán en igual olvido el nombre de Shakespeare y el del más oscuro aldeano. Ese afán de renombre y ese afán de prepotencia, ¿a qué dicha sustancial conducen? [...] (Unamuno, 1951: 585).

La fama es una gloria pasajera que nos insta en la *vanidad de vanidades toda vanidad!*, que se menciona en la Biblia, es una exclamación del sin sentido, nada tiene sentido, pues

todo será devorado y olvidado en el tiempo. Ante la *vanidad de vanidades toda vanidad!*, se contrapone la *plenitud de plenitudes toda plenitud!*; ante el sin sentido, la esperanza en la vida que no acaba; ante el espíritu de disolución, el *espíritu de creación*. Unamuno recupera la idea de *plenitud de plenitudes toda plenitud!* presente en la tradición cristiana, más no recupera esta idea como un dogma incuestionable, sino como un concepto que puede dar cuenta del ser humanos como un ser que puede *ejercer su voluntad*, una voluntad que da paso al espíritu de creación.

El espíritu de creación nos invita a ser capaces de sentir nuestro ser y existir como núcleo del universo, es decir, como un ser que tiene un propósito, que tiene un sentido; para poder sentir nuestro ser debemos entrar en un proceso de introspección, desde la soledad espiritual, desde una soledad reflexiva. Es desde esta soledad que podemos borrar la mirada juzgante del otro, la vergüenza y el sinsentido de la vida. La introspección (la soledad) nos enseña a aceptarnos a nosotros mismos a perdonar nuestras faltas, a amarnos tal y como somos, en "(...) la soledad brota de nuestra alma el himno redentor de la confesión suprema (...)" (Unamuno, 1951, p. 692) que nos lleva a amar al otro, a los demás en hermandad: "(...) los hombres se sienten de veras hermanos cuando se oyen unos a otros en el silencio de las cosas, a través de la soledad" (Unamuno, 1951, p. 692).

Al igual que Unamuno nos preguntamos "¿y en que ha de fundarse la creencia en la propia persistencia inacabable, en qué lo quiero, en que quiero persistir" (Unamuno, 1951, p. 573) y es aquí donde está la clave del pensamiento unamuniano frente al sentimiento trágico de la vida; el inmortal anhelo de inmortalidad se funda en *la voluntad*, en el deseo firme de querer alcanzar la inmortalidad. Esta voluntad se muestra en el espíritu de creación y tiene



como expresión: ¡plenitud de plenitudes toda plenitud!, lo cual significa que no basta con anhelar la inmortalidad, debemos comportarnos (actuar) como si estuviéramos seguros de alcanzar dicha vida eterna, debemos tener la voluntad de querer vivir.

El anhelo de la vida eterna y la voluntad de vivir de acuerdo con ese deseo se muestra claramente en *San Manuel bueno, mártir*, novela escrita por Miguel de Unamuno en el año de 1931. Ésta cuenta la historia de don Manuel, párroco de la aldea de Valverde de Lucerna, su actuar era el de un hombre religioso, la de un ferviente creyente en Dios y en la vida eterna. Todos en el pueblo creían que era un verdadero enviado de Dios, su manera de actuar era de tal índole que sus feligreses lo consideraban un santo; sin embargo, el párroco de Lucerna no creía en la salvación ni en la vida eterna, una tarde le hizo esta amarga confesión a uno de sus feligreses, quien le preguntó: ¿por qué vivía como si fuera un santo, por qué fingía ante la comunidad?, a lo que don Manuel contestó que fingir jamás. Él había decidido vivir de tal manera para dar sentido y esperanza a la vida de los demás: “(...) yo estoy para hacer vivir las almas de mis feligreses, para hacerlas felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para mortales” (Unamuno, 1971, p. 88).

La vida de *San Manuel bueno, mártir* tuvo sentido, paz y esperanza, al dar paz y consuelo a los demás; con su manera de vivir, dirá Ángela Carballino: “(...) él (Don Manuel) me enseñó a vivir, él nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a

sentir el sentido de la vida (...) (Unamuno, 1971, p. 102) y *el sentido de la vida es vivirla*, es el espíritu de creación que se reafirma en la voluntad humana, es hacer de esta vida, la vida eterna que se muestra en “(...) el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo (...)” (Unamuno, 1971, p. 102) y cuando la duda y el temor llegan: ¡Hay que vivir y dar vida!

Ante el espíritu de disolución, ante el rostro de la muerte que se hace presente, ante el inmortal anhelo de inmortalidad: ¡plenitud de plenitudes toda plenitud!, es el espíritu de creación, es la voluntad humana que reafirma su existencia, una existencia agónica y en lucha, que acepta abiertamente su existencia trágica.

Reflexiones finales. A manera de conclusión

Como reflexión final podemos decir que el ser humano ese ser de *carne y hueso*, es un ser que ante la muerte, ha mirado hacia su interior y se ha encontrado a sí mismo, ha descubierto en él la nada, la aniquilación, pero se ha resistido, quiere ser inmortal y permanecer siempre. Esta relación eterna entre ser y no-ser, entre existir y dejar de existir, lo ha llevado a vivir en una agonía permanente, en lucha que no acaba; manteniendo vivo en la humanidad el sentimiento trágico de la vida.

Este sentir trágico y agónico que atraviesa a la existencia humana ha motivado en los



seres humanos a la búsqueda del sentido de su existencia. La agonía llevada hasta sus últimas consecuencias nos puede dejar en la desesperanza, de cara ante la muerte; la agonía que se mantiene en la lucha, en el equilibrio entre nuestro anhelo de pervivencia y nuestro sentimiento de destrucción, puede traer ante nosotros la esperanza y el sentido de nuestro existir. Si la agonía aniquila nuestra voluntad sólo nos queda la desesperación, pero si afirmamos nuestra voluntad mediante la agonía (la lucha, la persistencia) encontraremos sentido a nuestro existir.

El sentido de la existencia desde la agonía es un sentido trágico, pero no por ello triste o vacío, todo lo contrario, es una reafirmación de la vida, es una reafirmación de la voluntad, del deseo de vivir, porque pudiendo no ser, somos, y ante la posibilidad del no-ser, tenemos que reafirmar el ser y nuestro eterno anhelo de vivir. La reafirmación de mi existencia debe posibilitar una existencia plena y auténtica, donde tiene cavidad la libertad, la justicia y la comunidad, alejada de todo egoísmo e indiferencia.

La propuesta de Miguel de Unamuno sobre el sentido de la existencia parte del sentimiento trágico de la vida, para dar paso a la ¡plenitud de plenitudes toda plenitud!, que se consolida en la voluntad por vivir. La visión unamuniana de la existencia es una invitación a vivir trágica y agónicamente, es decir, en lucha y reafirmación perpetua.

Bibliografía

- Aristóteles. (2000) *Metafísica*. Libro I. Madrid: Gredos.
- Blánquez, A. (1985). *Diccionario latín-español*. Barcelona: Ramón Sopena.
- Ferrater, J. (1985). *Unamuno, bosquejo de una filosofía*. Madrid: Alianza.
- Moliner, M. (1980). *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos.
- Meyer, F. (1962). *La ontología de Miguel de Unamuno*. Madrid: Gredos.
- Platón. (2000). *Fedón. Diálogos*. Madrid: Gredos.
- Serrano, P. (1978). *El pensamiento de Unamuno*. México: FCE.
- Subirats, E. (1991). *Metamorfosis de la cultura moderna*. Barcelona: Anthropos.
- Unamuno M. (1951). "Del sentimiento trágico de la vida. En *Ensayos*. Madrid: Aguilar.
- (1951). "La agonía del cristianismo. En *Ensayos*. Madrid: Aguilar.
- (1951). "Plenitud de plenitudes". En *Ensayos*. Madrid: Aguilar.
- (1951). "Soledad" en *Ensayos*. Madrid: Aguilar.
- (1971). "San Manuel Bueno, mártir". En *Antología*. México: FCE.
- Zambrano, M. (2003). *Unamuno*. Barcelona: Debate.